

Cuba y Puerto Rico no son

Conversación con Arcadio Díaz Quiñones

Noel Luna

NOEL LUNA. *Arcadio, en muchas conversaciones en Princeton te he escuchado la frase Cuba y Puerto Rico no son. Se trata de una preocupación que abarca tu trabajo crítico y docente. ¿Qué significado tiene para ti esa frase?*

ARCADIO DÍAZ QUIÑONES. La isla se repite, digamos, pero no tanto. La seducción de los versos de Lola Rodríguez de Tió, «Cuba y Puerto Rico son / de un pájaro las dos alas», se explica, aparte de su música y su engañosa sencillez, porque incitan a suspender las diferencias convirtiendo lo extraño en familiar. Es una forma poética de contar la historia. Los poetas son para citarse, como recuerda Hannah Arendt, por su concentración, y por la capacidad metafórica de imaginarnos. Pero las citas reiteradas llegan a ser lugares comunes, y la delicia misma de la memorización genera tarde o temprano una distancia. Los versos de Lola se han vuelto opacos a fuerza de la repetición. Muchos se los han apropiado, vaciándolos ¿o llenándolos? de sentidos. Entre cubanos, hechiza tanto la imaginación que se los han atribuido a Martí... ¿Hacia dónde va ese pájaro enigmático? Me interesa mucho, Noel, porque es quizás la historia de una quimera, de una nostalgia muy moderna por una cultura homogénea y centrada. O el sueño de una unidad superior común. A veces pienso que esos versos responden a la radical necesidad de constituir un sentido para los límites tan difusos del Caribe. Por ello quizás algunos los citan como se citan las Sagradas Escrituras. Podría, pues, ser productivo transformarlos en una especie de adivinanza, en algo más complicado, y decir, de manera más prosaica: *Cuba y Puerto Rico no son*, insistiendo en la asimetría de las alas. La distorsión es a veces movilizadora. Así ocurre en la imaginación irreverente de los chistes políticos que cuentan los cubanos con gran ingenio, para salvarse de la impotencia, y que pude escuchar en Camagüey y en Trinidad. De hecho, en 1995 en Camagüey un joven poeta me contó el chiste que circulaba entre ellos a propósito de los versos de Lola. Sí, me decía, «

pero el ‘pájaro’ es los Estados Unidos»... En otra vena, he llegado a pensar lo contrario del bello aforismo de Lola Rodríguez de Tió. No tanto privilegiar las continuidades, sino seguir las diferencias históricas como en un contrapunto, y cartografiar las asimetrías. No tanto construir equivalencias, sino buscar un espacio de donde haya un intercambio.

N.L. *Pero hay continuidades históricas...*

A.D.Q. Es cierto que son muchas las experiencias compartidas, particularmente evidentes en todo el Caribe: la colonia española y el imperialismo norteamericano, la fuerza de las culturas africanas, las tradiciones de la música popular, las emigraciones a los Estados Unidos, las corrientes separatistas, anexionistas y autonomistas, la industria turística. Hay también convergencias que pertenecen a zonas profundas: el racismo, la expresividad corporal, ciertas formas de sociabilidad, una desconfianza considerable ante los discursos oficiales, espiritualidades sincréticas, un vocabulario y un imaginario sexual que ofrece muchas semejanzas, y, hoy, la pertenencia a una diáspora y a una literatura «latina» escrita en inglés. Pero de vez en cuando es bueno mudarse de isla para ver otras cosas, para «ver», por ejemplo, simetrías y asimetrías con la República Dominicana, con el Caribe colombiano, o las líneas de tensión en todo lo que se oculta entre los múltiples recovecos de la historia y las culturas caribeñas. Una de las maravillas de la poesía de Palés Matos, formado, como tú mismo demuestras en tus trabajos, por la *provincia* y lo *provinciano*, es que sus poemas afrocaribeños incitan al viaje, estimulan a internarse en lugares inexplorados, a un Caribe más a la Braudel, donde importa más el flujo que la fijeza. Es lo que después ha teorizado de forma brillante el escritor Antonio Benítez Rojo o los escritores caribeños del *Éloge de la créolité*, Bernabé, Chamoiseau y Confiant. Por otro lado, es precisamente la admiración que siento por la gran tradición literaria e intelectual cubana, desde Martí y Fernando Ortiz, pasando por Alejo Carpentier y Lezama Lima, la poesía y la crítica de Fina García Marruz, los relatos de Cabrera Infante, Virgilio Piñera, o la historiografía de Manuel Moreno Fraginals, y, más aún, el afecto que siento por algunas amistades cubanas que han marcado mi visión, lo que me ha hecho reaccionar contra la excesiva y sumisa «cubanización» política de algunos sectores de la cultura de izquierda en la que me formé intelectualmente en los años 60 y 70. No hay que olvidar que para muchos de nosotros la Revolución cubana, sobre todo en los años 60, que fueron nuestros años formativos, permitía vislumbrar una alternativa a la hegemonía del modelo colonial que vivíamos. Fue el ingreso en una poderosa corriente de renovación conceptual y política que nos incitó a desmitificar muchos dogmas y a descubrir dimensiones silenciadas. Pero también hay que señalar que en algunos sectores de la izquierda puertorriqueña se dio una lamentable sumisión mimética al léxico ético-político del gobierno cubano, a su utopía y a su demonología. Ello llevó incluso a querer silenciar las voces críticas cubanas y puertorriqueñas y a considerarlas más «peligrosas» porque hablaban desde el seno

mismo de la cultura de izquierda. Así irán surgiendo controversias y disensiones. Por supuesto que también hay que subrayar otra «cubanización», que era el exacto opuesto. Fue el resultado de un sector poderoso del exilio cubano que llegó a tener una voz significativa en Puerto Rico, y reforzó toda la política macartista de la Guerra Fría. Se dio una doble «cubanización», antagónica y paralela. Los tabúes se multiplicaban. Yo viví ambos procesos, simultáneamente, cuando era profesor en la Universidad de Puerto Rico en los años 70, y no fue fácil. Como tampoco lo fue para un significativo número de cubanos criados en Puerto Rico que se distanciaron de esas intransigencias o se identificaron con la cultura de izquierda. Ellos ofrecían otro punto de resistencia sobre el que sería necesario reflexionar. Cuando rememoro esos años, pienso que es cierto, desgraciadamente, que Puerto Rico fue un instrumento de la Guerra Fría y de los horrores de Vietnam, y que, por el contrario, la Revolución cubana representó un desafío a esa hegemonía criminal. Pero la izquierda puertorriqueña no está exenta de responsabilidades por su silencio ante otros atropellos que se cometían en nombre de reivindicaciones legítimas. Asimismo habría que rechazar un discurso que presenta la tan contradictoria modernización puertorriqueña como un absoluto horror, como si los puertorriqueños fueran sólo víctimas y no sujetos de su propia historia. Paralelamente, hay en Puerto Rico quienes pretenden silenciar los aspectos más inquietantes del cambio que se inició en Cuba hace ya mucho tiempo con la dolarización de la economía y con un proyecto que irónicamente ofrece paralelismos con el puertorriqueño: ofrecerles a los empresarios y capitalistas un país atractivo, con mano de obra barata. La autocensura y la ocultación no se da sólo entre los «adversarios». Por ello también es necesario insistir en las diferencias, sin celebrar ni fetichizar las propias...

N.L. *¿Y cuáles son, desde tu perspectiva, algunas de esas diferencias?*

A.D.Q. ¿Cómo decirlo? Habría que hablar de la disimilitud de lo similar, de diferencias que no son siempre oposiciones. Es otra manera de pensar el entramado simbólico de la sociedad. La cubana y la puertorriqueña son dos historias que se tocan en puntos claves, como ocurre en todo el Caribe. Pero es obvio que no todo es idéntico y recurrente. Hay momentos decisivos en que se bifurcan: furor comunista en una, furor anticomunista en la otra; República frente a Estado Libre Asociado; emigración masiva de campesinos y trabajadores a Nueva York en el caso de Puerto Rico, emigración de clases medias y profesionales cubanos a Miami. Creo, además, que hay muchos ejemplos de lo que prefiero llamar asimetrías, que uno no entiende bien y trata de comprender. Algunas disparidades son evidentes, empezando por la magnitud de la geografía cubana y la demografía. Quiero destacar otras. Cuba ha tenido una tradición guerrera, por lo menos desde la Guerra de los Diez Años que se inició en 1868, que pasa por la Guerra racista de 1912 y continúa en la imagen del guerrillero heroico de la Revolución cubana o en la participación cubana en Angola, y

por supuesto en el culto al caudillo. Esa militancia ha dejado huellas profundas en su cultura política hasta el día de hoy.

N.L. *¿No te parece que ello explica el profundo nacionalismo que caracteriza ciertos aspectos de la cultura cubana?*

A.D.Q. Sí, así se explica la larga y continuada tradición nacionalista cubana, que en algunos momentos históricos ha sido emocionalmente arrolladora. Pero yo quisiera agregar que también explica una tendencia militarista a la que el propio Martí le temía. Porque los nacionalismos, que pueden ser redentores o destructores, llevan siempre una especie de semilla autoritaria, como se vio en los estragos a lo largo de todo el siglo xx. En Puerto Rico, desde esa perspectiva, se dio el otro extremo: una tradición militar al servicio de la metrópoli. Los puertorriqueños asumieron la ciudadanía americana en 1917, y quedaron sujetos al servicio militar obligatorio. Es decir, una tradición militar, compleja y mal estudiada, que ha reforzado la lealtad al orden colonial, pero que paradójicamente no ha impedido una visión y un reclamo de lo «nacional». Esa doble lealtad, por supuesto, puede producir un desconcierto muy particular, que algunos consideran una escisión «esquizofrénica»... Y, hablando de lealtades, los exilios cubanos y puertorriqueños del siglo xx están marcados por las relaciones dinámicas que Albert O. Hirschman estudió en un luminoso libro: *Exit, Voice and Loyalty*. Pero en ese caso también hay que establecer paralelismos y divergencias. La modernización puertorriqueña de los años 40 y 50 fomentó la «salida» masiva y reprimió la «voz» de los críticos, que eran los independentistas y socialistas. En Cuba, en los años 60, se obligaba a pagar un alto precio por la «salida», se reprimía la «voz» de los críticos que permanecían en la isla, y se exigía la «lealtad». Hay, además, una experiencia contrastante que merece consideración: Cuba tuvo Universidad desde el siglo xviii, instituciones letradas fuertes en el xix, y una tradición editorial muy notable. Basta leer el maravilloso libro de Ambrosio Fornet *El libro en Cuba*. Además, La Habana era ya una gran ciudad, materialmente muy rica, cuando San Juan era todavía un lugar provinciano, aunque no por ello menos intenso o complejo. San Juan era acaso más parecida a otras ciudades cubanas o caribeñas, a Santiago, o quizás a Cartagena de Indias. Ese universo de disimilitudes en lo similar tiene muchos paralelos. Lo vería claramente un uruguayo frente a Buenos Aires. No resultaría extraño, por ejemplo, para un ciudadano de Cartagena frente a Bogotá, o un andaluz o un canario frente a Castilla. Durante los últimos años he leído apasionadamente a un escritor como Claudio Magris, gran biógrafo del Danubio, quien explora con lucidez la historia de la Europa central y «oriental», las barreras históricas entre el «este» y el «oeste» de Europa, o lo que él llama la promesa de una disolución de fronteras que dividen y recorren ciudades como Trieste. Son libros maravillosos para repensar qué significa un «lugar» y cómo se podrían alterar los «lugares» que habitamos, cómo se contraponen, conversan y discuten entre sí.

N.L. *¿Podrías explicar cómo te situas ante la «cuestión nacional» que se plantea en los versos de Lola?*

A.D.Q. Sin duda es una pregunta importante. Los versos de Lola Rodríguez de Tió apuntan a la necesidad histórica de inventar estructuras políticas y culturales en el marco de desmesurados poderes imperiales. Aunque también habría que pensar que ella, en su exilio en Cuba, andaba en busca de alianzas... Quizás el subrayar la proximidad era una manera de construirse un lugar. Yo me considero independentista *realengo*, con esa palabra tan puertorriqueña que indica un lugar precario, y muchas ambigüedades, y desde ahí hablo. Sea como sea, los versos de Lola constituyen el suelo sobre el que se ha cimentado una perdurable tradición. Pero, ¿cómo entenderlos hoy? Hay una diferencia central: la Cuba del siglo xx, desde la República hasta la Revolución, logró institucionalizar una pedagogía nacionalista. A veces resulta hiperbólica y obsesiva, pero no se cuestiona ni en Miami ni en La Habana, aunque se pongan en juego expectativas diversas. Todo eso ha llevado a algunos puertorriqueños al convencimiento de que su destino es ser permanentes aprendices de la «verdadera» nación que sería Cuba, y a muchos cubanos a adoptar —en nombre de las ideas revolucionarias o de un tipo de nacionalismo— un aire paternalista, de hermano mayor, o abiertamente desdeñoso hacia la falta de «heroísmo» de los puertorriqueños. Detrás de esa actitud está la definición del Estado nacional como destino, siempre problemática, y más aún en el Caribe, un espacio de tantos cruces, ecos y fronteras. Y asimismo el concepto de nación como «familia», un sistema jerárquico y natural de obligaciones. Puerto Rico a menudo aparece como una suerte de nebulosa, la «desviación de la norma», que sería Cuba. Toda distinción histórica que plantee una división entre lo puro y lo impuro tiende sus trampas. Les digo a mis amigos cubanos que, a pesar de la retórica y las buenas intenciones, a pesar de las muchas invocaciones rituales a la «solidaridad», y también de la muy real hospitalidad y alegría de los encuentros, sorprende en Cuba el desconocimiento que hay sobre Puerto Rico, y la abundancia de prejuicios.

N.L. *Sin embargo, te he oído hablar con entusiasmo de tu encuentro con los cubanos en Cuba, de nuevas generaciones y voces.*

A.D.Q. Es que, aparte de la ilimitada cordialidad de los cubanos, pude escuchar muchas voces de los que ya están en un más allá, pensando e imaginando el futuro, y observé signos claros de un tejido civil y democrático y nuevas formas de sociabilidad. En Cuba, curiosamente, el abismo que hay entre la retórica y la vida cotidiana permite una gran lucidez, que se pone de manifiesto en el chiste, en el rumor, y aun en la duplicidad, que se ha convertido en un modo de vida. Hablo sobre todo de lo que escuché, de las conversaciones, pero también leí algunas revistas muy interesantes como *Proposiciones* y *Memorias de la postguerra*, de muy limitada circulación, que contenían textos verdaderamente críticos. Lo he contado en el ensayo que cierra *El arte de bregar*. Pero, además, el compromiso cubano con la educación primaria y secundaria es impresionante, en contraste con el

abandono que ha sufrido la escuela pública en Puerto Rico. Pero la capacidad de nombrar del gobierno cubano demuestra su poder. ¿Qué hacer en una sociedad en la que los policías no aparecen como policías, sino que *te atienden*? Ese verbo me pareció extraordinario, y lo escuché continuamente en Cuba: *atender*, como si fueran trabajadores sociales. ¿O qué pensar de un gobierno que astutamente nombra la crisis con el término *Período Especial*? Ese clima sombrío lo narra con el hacha en la mano vengadora Reinaldo Arenas, en *Antes que anochezca*, y como un testimonio desde dentro el libro de Eliseo Alberto, *Informe contra mí mismo*, en el que relata, entre otras cosas, cómo se institucionalizó la delación, aun entre amigos, y cómo se les tendían trampas a los bailarines y poetas homosexuales. Por otra parte, Noel, me anima ver que entre una nueva generación de escritores cubanos ya hay un distanciamiento de las posturas que se refieren a lo puertorriqueño como algo indecoroso. Acabo de leer el más reciente libro de Rafael Rojas, *Un banquete canónico*, en el que el autor recuerda que en la pedagogía de la Revolución, Puerto Rico se presenta como la máxima diferencia y alteridad, y cito, que «En la ideología oficial cubana es muy común escuchar el argumento de que si la Revolución es destruida, Cuba se convertirá en un Puerto Rico o en un Santo Domingo». También entre puertorriqueños, fuera de la música, el deporte, y del aprecio por algunos escritores cubanos, hay grandes lagunas sobre la historia y la rica cultura cubana. Es muy triste que muchos caribeños nos ignoramos unos a otros y desconocemos la pluralidad de verdades que existen en nuestras sociedades. El precio, creo, es inaceptable, tanto para los puertorriqueños como para los cubanos... Sería más honesto reconocer que hay muchos bloqueos, si bien el más persistente ha sido el impuesto por los Estados Unidos. El reto intelectual sería romper con los bloqueos, pensarlo todo en su diferencia radical, y al mismo tiempo ofrecer lo que serían imprescindibles y nuevas articulaciones.

N.L. En *El arte de bregar* dices que algún día habría que comparar el uso que los puertorriqueños le dan al verbo «bregar» y «los omnipresentes «resolver» e «inventar» de los cubanos». ¿Podrías darnos una idea de los elementos que podrían servir de punto de partida para esa suerte de arqueología de lo no-trágico en el Caribe?

A.D.Q. En los ensayos de ese libro me interesó explorar precisamente qué quiere decir hablar, «tomar la palabra», en qué condiciones es posible hacerlo, y desde dónde. El comienzo fue la lectura de la gran novela *El entonado*, de Juan José Saer, uno de mis escritores predilectos, y también un viaje que hice a Cuba en 1994. Me fascinan algunas palabras que llegan a ser claves en una cultura o en un grupo, una especie de diccionario cultural y poético, que caracteriza el habla durante un tiempo largo. En los múltiples usos del verbo *bregar* entre puertorriqueños encontré un saber atesorado al que se puede recurrir, un saber que puede ser el arte de buscar soluciones prácticas a problemas concretos en situaciones en las que el poder es asimétrico. En muchos contextos *bregar* es como un soplo

de esperanza cuando se está en trance de afrontar peligros. Fue lo que me llevó a examinar el rico legado de ese verbo que a veces se emite desde resquicios muy precarios, y que llegó a ser una palabra clave en la cultura política puertorriqueña. La *brega* a veces es el arte de la fuga, de una protesta camuflada, o el arte del apaciguamiento. No es un código en el sentido jurídico. Funciona como un código cultural, un marco general que establece de antemano condiciones y requisitos. Efectivamente, en Cuba me llamó la atención el uso de *resolver* e *inventar* en las miles de pequeñas decisiones cotidianas. Hay algo muy curioso en la vida cubana actual, en la que nadie está libre de sospecha y hay necesidad de agenciárselas frente a la burocracia y el Estado. En la cotidianidad muchos cubanos *resuelven* el arroz o la pintura, digamos, como verbo transitivo. Pero hay un momento en que se da un vuelco y se hace necesario *inventar*, que parece una zona más equívoca, y que tiene ciertas semejanzas con matices de la *brega*. Admiro la capacidad de muchos cubanos de la isla para soportar con dignidad la desilusión, y para afirmar la vida en medio de retóricas abrumadoras, practicando una ironía que permite dialogar y actuar. Y es probable que la identificación que sienten algunos jóvenes escritores cubanos por la mirada irónica de Virgilio Piñera diga mucho de ese desencanto. Nada de esto tiene mucho que ver con los aspectos más visibles de la historia oficial. De la misma manera que el hecho de que los puertorriqueños sean ciudadanos norteamericanos de segunda clase dice muy poco sobre la dimensión imaginativa y creativa de sus prácticas sociales y artísticas. *Bregar* e *inventar*: quizás sean maneras de enfrentarse al catastrofismo, de restituirle a la vida su fluir. La invención constante puede ser una manera de pensar la democracia más allá de los estrechos marcos de los partidos o de las instituciones del Estado.

N.L. *¿Qué repercusiones tiene la frase Cuba y Puerto Rico no son en relación a los estudios latinoamericanos y caribeños en la academia norteamericana? Para muchos, por ejemplo, Puerto Rico constituye un campo de estudio sólo en relación con Cuba. ¿Ha cambiado eso?*

A.D.Q. Efectivamente, todavía en algunos sectores de la academia norteamericana hablar del Caribe es hablar principalmente de Cuba, no de la República Dominicana, Martinica, Colombia, o Puerto Rico. De hecho, los estudios latinoamericanos recibieron un gran impulso con la Revolución cubana, como antes había ocurrido con la mexicana. La Revolución cubana, por otra parte, es constitutiva de lo que se llamó la nueva izquierda norteamericana de los años 60, y un eje central de la política agresiva de Washington. Esa Revolución se afirmó en los 60 como un movimiento original que rompía con los esquemas de la Guerra Fría y permitía hablar del «Tercer Mundo». Quizás todo eso, y la presencia de destacados intelectuales cubanos, explica el peso que ha tenido lo cubano en el mundo académico norteamericano. En cambio, el lugar de Puerto Rico ha sido mucho más incierto, por no decir inexistente, y aparece recubierto por una duda que lleva casi siempre a la exclusión. Para muchos intelectuales

académicos ha sido muy difícil reconocer el marco imperial y la ambigüedad de la ciudadanía de los puertorriqueños, aun entre latinoamericanistas. Resulta más cómodo hoy hablar de «latinos», que a veces es una manera de soslayar esa relación colonial o de homogeneizar experiencias históricas muy diversas, como ha señalado Juan Flores en sus trabajos. De todos modos, es muy notable el alto nivel y la cantidad de especialistas sobre Cuba en la academia norteamericana. Lo que no deja de asombrar es la ignorancia generalizada sobre lo puertorriqueño después de tantos años de convivencia. Pienso que la inserción de Cuba en el Caribe ha sido difícil, precisamente por el triunfo de lo «nacional», Cuba como la «nación» arquetípica. Y ello se reproduce en la academia norteamericana, aunque ya hay signos de cambio...

N.L. *En los últimos años has dado varias conferencias en España, sobre todo a raíz del centenario de la guerra Hispano-Cubana-Americana de 1898. También organizaste un coloquio en Princeton sobre dicho centenario, al que asistieron varios intelectuales peninsulares. ¿Cuba y Puerto Rico son, o no son, en el contexto de las investigaciones históricas y literarias del mundo intelectual español actual?*

A.D.Q. Puerto Rico es un no-lugar en la vida intelectual y literaria de España, excepción hecha de la atención que le prestan algunos estudiosos. Más allá de algunas noticias inconexas y dos o tres frases sobre la lengua española, y ahora de la fama de algunas figuras del cine y la televisión, en general Puerto Rico no existe, por ejemplo, en el periodismo cultural español y en las editoriales españolas. El pensamiento en torno al centenario del 98 fue bastante decepcionante. No creo que los mejores trabajos y reflexiones hayan trascendido mucho. Ni en Europa ni en los Estados Unidos puede remotamente compararse con la actividad que generó el Quinto Centenario del 92, y los presupuestos gigantescos que se le dedicaron. Lo que sí quedó claro en el 98 es que hay un renovado idilio entre cubanos y españoles, que tiene mucho que ver con las inversiones españolas en Cuba, y fue lo que dominó. Los complejos casos de Puerto Rico y las Filipinas se redujeron al mínimo. En el mundo académico norteamericano apenas existió ese centenario. Pienso que porque entrar a fondo en el 98 sería abrir la caja de Pandora de la colonia puertorriqueña, y obligaría a recordar la salvaje guerra de las Filipinas, que ha sido eficazmente borrada de la memoria histórica. Con muy contadas excepciones, en España hay un gran desconocimiento de Puerto Rico, que encuentra reciprocidad en la ignorancia que hay en Puerto Rico sobre la abrumadora complejidad cultural y lingüística de los españoles. De hecho, creo que uno de los proyectos interesantes para los puertorriqueños sería estudiar a fondo esa España nueva posfranquista, el ordenamiento de las autonomías, las políticas lingüísticas, las reformas educativas, y su dinámica industria editorial.

N.L. *Un capítulo importante de tu relación con Cuba fue la publicación de tu libro Cintio Vitier: la memoria integradora, en 1987. Tras dicha publicación, hubo una polémica abierta entre Vitier y tú que parecería condensar ciertas*

contradicciones entre una historiografía nacionalista y oficialista y los modos en que gente como Ángel Rama y tú mismo han practicado la crítica cultural. Catorce años después de dicha polémica, ¿dichas contradicciones siguen siendo las mismas?

A.D.Q. Es una pregunta difícil de contestar. Habría que releer el libro y la polémica, que en el fondo sí tiene que ver con *Cuba y Puerto Rico no son*. Vitier es un poeta católico y nacionalista, destacado miembro de la generación de *Orígenes*. Es, además, un excelente crítico, alguien que ha sabido interpretar las palabras de la tribu. Justo antes de la Revolución, dio a conocer un libro único: *Lo cubano en la poesía*. Ha hecho estudios fundamentales sobre José Martí. Tiene un libro de ensayos, *Crítica sucesiva*, en el que incluyó escritos luminosos, como el que dedicó al Borges poeta, cuando pocos hablaban de Borges. También recuerdo un gran ensayo sobre Julián del Casal. Preparó una colección de tres tomos sobre *La crítica literaria y estética en el siglo XIX cubano*, que fue publicada a finales de los años 60 y principios de los 70. Me deslumbró *Lo cubano en la poesía*, un libro que sólo un poeta-crítico puede escribir, practicando un género que me gusta mucho: el ensayo como obra de arte, en el que se mezcla, barajando muy libremente un archivo de textos poéticos, lo filosófico y lo histórico. Ese libro de Vitier es un ambicioso relato que representa la búsqueda y la invención de nuevas significaciones para la historia y la literatura cubanas, que allí encuentra una de las formas de la continuidad y las «esencias» nacionales. Es uno de los «grandes relatos», que consiste en construir un mundo, tomar al lector e introducirlo en él, sin soltarlo en ningún momento del recorrido. Es también la autodefinition de una poética y de una actitud intelectual, una poética de la fundación, si se quiere, que por supuesto va en contra de otras visiones.

N.L. *¿Cuándo empezaste a leer sus textos?*

A.D.Q. Leí primero a Vitier a principios de los 70 precisamente en la gran biblioteca particular de Nilita Vientós Gastón, en la calle Cordero 55, de Santurce, en el tiempo que yo formaba, más o menos, parte del equipo de la revista *Sin Nombre*. En aquella casa también pude leer a la ensayista María Zambrano, en quien encontré un pensamiento poético-filosófico que me atrae mucho, y que había marcado a los escritores de *Orígenes*. Por Nilita supe que Vitier había elegido permanecer en La Habana, como Lezama, fiel a la Revolución, aunque su lugar como poeta católico era marginal e incómodo. No dejaba de sorprenderme que su nombre apenas contaba en la revista cubana más leída por todos entonces, *Casa de las Américas*, aunque ya sabíamos bastante de la demencial intolerancia que se consolidó con el caso Padilla. Parecía haber una orden secreta de eludir a Vitier, como ocurrió en Puerto Rico con muchos independentistas y socialistas bajo el gobierno de Luis Muñoz Marín. Sin ser yo «creyente», como dicen los cubanos con su vocabulario religioso-político, me interesaba en figuras como Vitier, en las que adivinaba la zona de máxima tensión del campo intelectual cubano.

N.L. *En la nota preliminar al libro cuentas que llegaste a conocerlo personalmente en Puerto Rico. ¿Podrías hablar de ese encuentro?*

A.D.Q. Siempre tuve deseos de conocerlo, y, cuando podía, enviaba algunas cartas con amigos que viajaban a la isla, que él contestaba, y él me enviaba ejemplares de sus libros. Pero en aquellos años nunca fui invitado a Cuba. Yo no militaba, como sí algunos amigos míos, en los partidos y grupos socialistas que entonces funcionaban como una especie de aduana de las relaciones culturales con La Habana. Y, como suele suceder en estos casos, algunos militantes puertorriqueños eran más cubanos que el propio gobierno cubano. Reproducían las consignas, y hasta el tono. Mis pocos viajes entonces eran a la República Dominicana, como uno que hice a Sabana de la Mar y a Samaná con Ángel Quintero Rivera, una experiencia muy rica que me hizo ver muchas otras cosas. Vitier hizo su primera visita a Puerto Rico a finales de los 70, cuando aún eran muy feroces los ataques del exilio cubano contra todos los que se identificaban con la Revolución o mostraban algún interés por la literatura que se producía en la isla. Había sectores de ese exilio que ejercían una gran influencia en la prensa y en los principales partidos políticos puertorriqueños. Tuve el privilegio de conocer a Vitier y de compartir, con él y con su esposa, la poeta Fina García Marruz, sus lecturas en Río Piedras, en la Universidad, su emocionada visita a la Sala Zenobia-Juan Ramón. Hicimos recorridos por todo Santurce y San Juan, y algunas escapadas a Loíza, Guayama y Patillas. Recuerdo que a ambos les llamaba mucho la atención el habla puertorriqueña, su melodía y su sabor. A Fina García le interesaba mucho el uso de la palabra *revolú*. Quizás por esas palabras se pueda también empezar a hablar de las diferencias: *revolú* frente a *Revolución*. Ella lo hacía sin ánimo de superioridad, sin acordar ningún privilegio a una o a otra palabra. En esos mismos días organizamos una lectura de poesía en mi casa en Río Piedras, a la que asistieron poetas jóvenes, Vanessa Droz, Lilliana Ramos Collado, Jorge Morales, Ángela María Dávila y Che Meléndez. Después grabamos unas conversaciones que sirvieron de base para las que se publicaron en el libro.

N.L. *¿Qué autores y textos leías en esos años? ¿Cuál era el clima intelectual y cómo te insertabas en los debates puertorriqueños?*

A.D.Q. En el año 1970 yo acababa de regresar de España y de Estados Unidos, donde pasé la mayor parte de los años 60. Me marcó mucho España, sobre todo Madrid, la vida intelectual más o menos clandestina, el humor y el ingenio, las formas de resistencia al franquismo y a la «hispanidad» oficial, la valentía de intelectuales como José Luis Aranguren y Enrique Tierno Galván, las amistades entrañables. Regresé a Puerto Rico con un enorme respeto hacia los españoles que conquistaban penosamente libertades en medio de la dictadura. Y con entusiasmo por la nueva cultura contestataria en Estados Unidos, entre la que se destacaba una explosión de activismo radical puertorriqueño que en Nueva York, Chicago y Newark confrontaban agresivamente las instituciones estatales, todo ello en medio de la

salvaje guerra de Vietnam. En unos años en que Nicolás Guillén se presentaba como paradigma del poeta «nacional» y revolucionario, y en que en la cultura de izquierda puertorriqueña se generalizaban las malas copias de un marxismo soviético o se canonizaba el *Calibán* de Roberto Fernández Retamar, yo leía intensamente a Luis Palés Matos y a Luis Llorens Torres, a Cortázar y me divertía con los cuentos y los personajes excéntricos de Virgilio Piñera y con los microrrelatos de *Vista del amanecer en el trópico*, de Cabrera Infante, un libro que siempre me ha gustado, y descubría la gran poesía de las canciones de Silvio Rodríguez y Pablo Milanés, una ética que prometía hondas transformaciones. Me gustaban mucho en aquellos años las novelas de Alejo Carpentier, sobre todo *El siglo de las luces*, y el cine de Tomás Gutiérrez Alea, especialmente *Memorias del subdesarrollo* y *La última cena*.

N.L. *Aparte de la literatura cubana, ¿qué autores o tradiciones te entusiasmaban entonces?*

A.D.Q. La literatura llegó a ocupar un lugar central en el campo intelectual puertorriqueño, tanto en la isla como en Estados Unidos. En aquellos años se cruzaban diversos lenguajes y poéticas, desde los marxismos hasta el estructuralismo y el posestructuralismo, lenguajes que tendían a dejar de lado el sujeto y privilegiaban el «sistema». Había, por otro lado, cierto regocijo en un espacio de debate sobre la función social del arte, un verdadero debate, con ortodoxias y heterodoxias. En realidad el campo cultural era un campo de enfrentamientos, distintos modos de leer y de actuar, y se leía y se actuaba desde distintos lugares. Asimismo se enfrentaban violentamente las concepciones de la literatura, como es obvio en *La guaracha del Macho Camacho*, en *Papeles de Pandora* de Rosario Ferré, o en la forma de leer a Palés Matos. Naturalmente, había de todo: trabajos muy serios y posiciones intelectualmente irresponsables, nuevos saberes, modelos que se «aplicaron» apresuradamente, y mucha demagogia. En la narrativa propiamente me entusiasmaban algunos textos. Por ejemplo, *Conversación en la Catedral*, de Mario Vargas Llosa, novela de la que recuerdo muchos diálogos con Luis Rafael Sánchez, con quien compartía también la admiración por la narración en el cine de Buñuel. Me fascinó la libertad de invención de las novelas de Manuel Puig, y creo que *Boquitas pintadas* es un texto que trabaja como pocos la relación entre el texto y una multiplicidad de discursos, y entre la identidad y la cultura de masas. Quizás la novela que más me deslumbró fue *Yo El Supremo*, de Augusto Roa Bastos, porque en ella encontré un tratamiento muy profundo de las relaciones entre palabra y poder. Y en mis clases en Río Piedras, que disfrutaba mucho, enseñaba textos que me hablaban indirectamente sobre lo nuestro, como los ensayos de *Lima la horrible*, de Sebastián Salazar Bondy, la poesía y la narrativa de José Emilio Pacheco, el *Galileo* de Brecht, y siempre Kafka, sobre todo *La carta al padre*. Recuerdo que reía y lloraba con los fragmentos de *La guaracha del Macho Camacho* que Luis Rafael Sánchez me permitía leer mientras iba escribiendo su novela. Leía con avidez los relatos

corrosivos de Rosario Ferré, Manuel Ramos Otero y Tomás López Ramírez, y me identificaba con los tonos de la poesía de Ángela María Dávila. Nos marcó mucho otra poesía: reinaban las voces de Ismael Rivera y de Héctor Lavoe, y al mismo tiempo algunos nos identificábamos con la poesía y la música de Janis Joplin, Jimi Hendrix o Bob Dylan. En otra zona, leía con algunos amigos los textos de Adorno sobre la sociedad tecnológica e instrumental, y las traducciones de Walter Benjamín. Circulaban muchos libros y revistas, gracias sobre todo a la Librería Hispanoamericana y a La Tertulia, en Río Piedras, y llegaban dos revistas como *Los Libros y Crisis*, de la Argentina, en las que leí por primera vez algunos escritos de Ricardo Piglia. En ese contexto, me interesó muchísimo «lo cubano» que era el centro de la visión y la poética de Vitier.

N.L. *¿Te atraía por su apelación a un repertorio de valores nacionalistas o por su poética integradora?*

A.D.Q. Ahora pienso que me sentía muy atraído por esa noción de una cultura «secreta», que yo también buscaba en medio del ruido y la furia de San Juan, y que descubría con fruición en los misteriosos mimodramas del Taller de Histrones, en las décimas de los trovadores de Gurabo, o en la obra gráfica artesanal tan bien hecha de Lorenzo Homar y sus discípulos, que eran ya parte de una amplia red de amigos: Myrna Báez, Antonio Martorell, José Rosa, Luis Alonso, o Consuelo Gotay. Hoy tiende a olvidarse el papel que jugaron algunas publicaciones más o menos secretas, de escaso tiraje y de circulación marginal, tan importantes en la renovación de un campo intelectual. Muchas tenían que ver con el debate de lo que luego se llamó la «nueva» historiografía, un componente central del contexto intelectual de aquellos años, y que produjo saberes especializados acerca de aspectos tan centrales como la esclavitud, el trabajo forzado, el funcionamiento de las clases sociales, las relaciones de género, y las formas de dominación colonial. Tuve la fortuna de ser miembro del Centro de Estudios de la Realidad Puertorriqueña (CEREP). A los escritos y a los intensos seminarios a que me sometieron Gervasio García, Ángel Quintero Rivera, Benjamín Nistal, Fernando Picó, Andrés Ramos Mattei, Marcia Rivera y Francisco Scarano, debo lo poco que sé de la historia puertorriqueña y cubana. Recuerdo que Gervasio me sugería lecturas cubanas, a Raúl Cepero Bonilla y Moreno Fragnals. Quintero leía mucho a los historiadores británicos: Eric Hobsbawm y E. P. Thompson, quienes se convirtieron en puntos de referencia.

N.L. *¿Son esos los años en que entablas amistad con José Luis González y Ángel Rama?*

A.D.Q. Por esas coincidencias de la vida, tuve la suerte de entablar amistad con Ángel Rama y José Luis González, quienes marcaron profundamente mi visión. De hecho, así comencé a trabajar una serie de ensayos en torno a la literatura y la cuestión nacional en el Caribe. He continuado a lo largo de muchos años, constituyendo paulatinamente un corpus de escritores y textos puertorriqueños y cubanos, Tomás Blanco, Antonio Pedreira, Pedro

Henríquez Ureña, Fernando Ortiz. En los 70 me estimularon mucho mis lecturas eclécticas de Michel de Certeau y Hayden White, y mis conversaciones con José Luis González, su pasión literaria y política, que incluía su veneración por la narrativa cubana, su ironía, y su conocimiento de Gramsci. González y Ángel Rama supieron interesarse generosamente por el diálogo con una nueva generación. José Luis fue el escritor más discutido y discutible de esos años, es decir el más rico en replanteos e incitaciones a reflexionar. Gracias a Rama, yo había empezado a leer a Martí sistemáticamente, y él me recomendaba autores cubanos jóvenes, como Reinaldo Arenas. A esas conversaciones le debo el ir adquiriendo un marco para los problemas en torno a la *ciudad letrada*, que luego aparecieron en el influyente libro póstumo de Rama. Recuerdo que en 1972 fui a Princeton, por primera vez, como *junior fellow*, y dediqué buena parte del tiempo a escribir un ensayo sobre la tradición del romancero fronterizo español y a la relación entre historia y literatura. Ese año estudiaba mucho a Américo Castro, y por primera vez leí el texto de Nietzsche, *Usos y abusos de la historia*. Poco después las noticias de los desaparecidos y las dictaduras militares en Chile y Argentina arrastraron consigo muchas utopías. Ya a finales de la década sabíamos que tanto en Guatemala como en la Argentina se había diezmado a sectores completos de la población. Los exilios chilenos y argentinos, sus testimonios y publicaciones, pesaron mucho. El horror suscitó el desaliento y nuevas preguntas sobre el discurso nacional, la lucha armada, y sobre el socialismo. Y, por supuesto, en 1980 ocurrió el gran éxodo cubano de Mariel, poco antes de la segunda visita de Vitier a Puerto Rico, cuando ya pudimos grabar las conversaciones que aparecen en el libro. Ahora pienso que todo ese contexto estaba muy presente cuando me decidí a trabajar un ensayo sobre la pasión integradora en la poesía de Vitier, que finalmente publicó Nilita Vientós Gastón en una efímera editorial en 1987, cuando ya yo me encontraba en Princeton. Yo traté de ubicar mi lectura en un campo amplio: el estudio del funcionamiento de las tradiciones nacionales.

N.L. Pero, ¿qué sucedió? ¿Qué dio lugar a la polémica con Vitier?

A.D.Q. Vitier fue quien inició la polémica con la «carta abierta» que quiso que se publicara en Puerto Rico tan pronto salió el libro. En ella ofrece sus razones. Es mejor, pues, remitir a sus propias palabras, que se publicaron en las páginas de *Claridad* en San Juan en 1987. También ahí se incluyó mi respuesta. Yo le había enviado el último borrador del libro, aprovechando la casualidad del viaje a Cuba de una historiadora amiga, cuando ya estaba en prensa. A las dos semanas me llegó su carta «pública». No me esperaba esa reacción. Lo sorprendente no fue su discrepancia con la lectura de lo «nacional» en el ensayo, sino la politización total y la implicación, en un lenguaje paternalista, de que cualquier lectura de ese tipo nos colocaba al servicio de la contrarrevolución. Recuerdo que Nilita Vientós Gastón me llamó alarmada, y me dijo: «Si estuvieras en Cuba, estarías preso». ¿Qué dio lugar a todo eso? Las razones habría que buscarlas en el propio texto

de Vitier y en el interior del contexto cubano, en las relaciones entre los intelectuales y el gobierno cubano de las que habla en la conversación que se incluyó en el volumen... Cuando viajé a Cuba en 1994 comprobé que casi nadie había leído el libro, y la famosa «polémica» nunca se había publicado. Vitier me propuso que «continuáramos» la polémica, porque entonces él pensaba publicar los textos, cosa que hizo en una revista llamada *Contracorriente*. Pero para mí no tenía mucho sentido prolongar una «polémica» años más tarde en torno a una obra que muy pocos habían leído. Desde muchos puntos de vista ese libro, su publicación y su silenciamiento, sería quizás otro ejemplo de las disparidades entre Cuba y Puerto Rico. Y de lo necesario, y arriesgado, que es mudarse de isla.

